

Los primeros de la clase

No es la primera vez que en los últimos tiempos veo en la prensa noticias de la particular batalla que han entablado por el primer premio Fin de Carrera de Derecho un estudiante catalán, Cristian Oliver Lucas Más, y una estudiante almeriense, Pilar Navarro. El primero, que contaba con 36 matriculas de honor, cuatro sobresalientes y una asignatura convalidada, recibió el galardón. La segunda, que contaba con 25 matrículas de honor sobre 25 asignaturas, ha recurrido la resolución del Ministerio de Educación, dejando al descubierto una serie de irregularidades en el expediente presentado por Cristian Oliver, como – entre otros– que dijo tener tres títulos universitarios, cuando en realidad todavía no los tenía, o como que había obtenido la nota más alta en selectividad en los últimos diez años, cuando una estudiante de Santiago de Compostela, Eva Moreda, obtuvo en junio de 1999 una nota más alta, un 9,63.

El afán de estos chicos por la obtención del premio me deja perplejo. Ambos me recuerdan al de esos deportistas de elite que no se conforman con ganar las carreras, sino que tienen que batir el récord, que no buscan la superación personal, sino la gloria absoluta, un aplauso universal y eterno. El afán del primero es tan inmoderado, tan enfermizo, diría más bien, que llega al punto de mentir. Lo suyo es a los estudios como el dopaje al deportista, y mira a los rivales (en términos de rival y no de compañero debe hablarse aquí) con la falta de respeto que trata el fullero al jugador legal. Ella no será una fullera, pero la batalla que ha entablado para obtener algo que seguramente le corresponde en derecho delata un espíritu competitivo carente de humildad y que molesta. Esa disconformidad, teniendo 25 matrículas sobre 25 asignaturas, me recuerda la obsesión de Cela por ganar premios que a todas luces merecía: teniendo el Príncipe de Asturias (1987) y el Nobel (1989), se presentó al Planeta (1994) y lo ganó, y todavía andaba cabreado porque no le daban el Cervantes, que finalmente consiguió en 1995.

En un libro de Castilla del Pino leí hace mucho tiempo algo así como que todos necesitamos sentirnos triunfadores en algo, aunque sea a un nivel reducido.

Según esa teoría, que me gusta, un mal estudiante puede esgrimir ante sí mismo (seguramente sin ser consciente de ello) que, por ejemplo, es más ligón que un buen estudiante, o que juega mejor al fútbol, o que pinta muy bien, igual que el que pinta mal y juega mal al fútbol y no liga nada puede conformarse creyéndose un buen estudiante. Nadie triunfa en todo y pocos triunfan en lo más importante, que es saber vivir la vida.

Se nota que para estos chicos lo importante es ser los primeros de la clase, quizá mucho más que saber. Que los dos son unas lumbreras parece evidente. Y parece evidente que los dos son unos triunfadores en el terreno profesional, ya desde tan jóvenes. Así, sin conocerlos más que por las noticias que dan los periódicos, son unos triunfadores que, sin embargo, no provocan envidia, sino más bien al contrario: su batalla los convierte en luchadores patéticos.

Sabemos que la obsesión por el triunfo profesional conduce al fracaso vital. Como sabemos que la inteligencia no siempre va unida a la sensibilidad, la humildad y la condescendencia.

¿Quién de entre todos los compañeros de estos chicos triunfará verdaderamente en la vida? ¿Quién de entre todos ellos le habrá escrito un poema a su madre?

Juan Bosco Castilla